

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE NTRA. SRA. DEL PINO
Teror, 8 de Septiembre de 2013

Mis queridos Hermanos y Amigos:

Creo que todos tenemos conciencia de alguna forma de que la Fiesta del Pino es como el arranque de la actividad del curso no sólo en nuestra Diócesis, sino también en nuestra Isla. Y nos acercamos a la Madre todos, creyentes recios y creyentes débiles, cuando nos disponemos a empezar todas las actividades, para agradecer, para pedir, y para, escuchando, aprender qué debemos hacer para bien de cada uno y para bien de todos. El día del cumpleaños de la Madre es día de fiesta para los hijos.

No necesitamos hacer un gran esfuerzo para leer el momento presente, para percibir lo que está en boca de todos: por una parte seguimos sintiendo los efectos de la crisis, fruto de una falta de ética personal y social, somos más conscientes que nunca que no es solo una crisis económica o financiera, sino una crisis del sentido de la vida de todos, que nos invita a plantearnos qué hemos hecho mal, sobre qué fundamentos hemos planteado inadecuadamente nuestras vidas, y qué necesitamos cambiar para hacer el bien. Mucho me temo que el anuncio de un final, no sea el paso a la repetición de los mismos errores, sin cambios en las mentes y en las vidas de todos.

Pero por otra parte, y de esto también hablamos todos, creyentes e incluso no creyentes, está el Papa Francisco. Su llegada tiene un contexto muy concreto: el Papa Benedicto convoca un Año de la Fe, celebra el Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la Fe, y a los pocos meses, con un gesto que sorprende a todos, y nos muestra el vigor de su fe, nos dice: *siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino suya. Y el Señor no deja que se hunda: es él quien la conduce.* Y plenamente consciente de que esto es así, renuncia al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, y se retira para acompañar el camino de la Iglesia con la oración y la reflexión.

El 13 de marzo los Cardenales van a buscar un Obispo para Roma casi al fin del mundo, y el Señor con su elección nos da el gran regalo del Papa Francisco. Pronto percibimos que sus temas son los que vive la Iglesia del momento presente, y nos damos cuenta de cuáles son sus acentos: la invitación apremiante a la Iglesia para que se desnude de su mundanidad espiritual, no se entretenga en mirarse a sí misma, alejándose de la gente y de su misión de anunciar a Cristo, sino que salga a la calle, hasta las periferias físicas y existenciales, con la Fe, la Esperanza, y sobre todo el Amor, marcado por la compasión y la misericordia. De todo ello nos ha dado una buena muestra en las jornadas del Encuentro mundial de jóvenes en Río de Janeiro.

Ciertamente no sé si hemos sido capaces todavía de asimilar todos estos acontecimientos. Estamos empezando algo nuevo e importante, una etapa nueva; los mimbres son los mismos, pero la tarea que se nos confía es construir algo inédito. El Espíritu ha sorprendido a la Iglesia, y su aliento se ha hecho notar también en la sociedad.

La Palabra de Dios en este día de Fiesta de inicio de curso, de la mano de la Madre, nos presenta a todos los protagonistas en el momento de empezar el ejercicio de su misión: hemos escuchado en primer lugar la súplica del rey Salomón al iniciar su

mandato como rey de Israel. Con un salto de siglos, hemos contemplado a la comunidad de la Iglesia, todavía encerrada entre las paredes del Cenáculo, en oración, repasando lo vivido con Jesús, y suplicando la fuerza del Espíritu que la va a obligar a romper todas las paredes de todos los encierros para salir a la calle. Y vemos al mismo Jesús en el momento en que, después de llamar al primer grupo de discípulos, realiza su primer signo: la conversión del agua en vino en una fiesta de bodas.

En Caná es María, la Madre, la Mujer, la que provoca el anuncio adelantado de la hora de su Hijo, señalando que es a Él a quien hay que escuchar, haciendo lo que Él diga, para que pueda seguir la Fiesta de la vida en la alegría y el gozo. También en esos primeros pasos escondidos de la comunidad eclesial del Cenáculo, es la Madre, María, la que acompaña la plegaria de los discípulos, que se disponen a empezar la tarea de responder con fidelidad a la palabra mandato de su Hijo: Id por todo el mundo y haced discípulos a todos los pueblos.

Nosotros, en esta etapa realmente nueva, necesitamos acoger estas palabras, esta palabra de Dios, rodeando como hijos en oración a la Madre, María, y escuchando de sus labios la palabra que nos hace discípulos: Haced lo que Él os diga.

En realidad es este mismo impulso el que mueve al joven Salomón del libro de los Reyes, cuando se dispone a empezar su mandato como rey de Israel. Salomón hace memoria del reinado de su padre David, constata la dificultad objetiva de la tarea que tiene por delante, un pueblo inmenso, y reconoce su propia debilidad como muchacho que no sabe desenvolverse. ¿Qué le pedirá al Señor que le ha asegurado que le dará lo que quiera? ¿Qué considera el hijo de David como lo más necesario para iniciar su misión de gobierno? Salomón pide lo más sencillo y elemental, lo más necesario en verdad: más que el éxito y las riquezas, un corazón dócil para gobernar, para discernir el bien del mal. Un corazón dócil, literalmente, un corazón dispuesto a aprender, un corazón que sepa escuchar y que esté decidido a actuar según lo escuchado, un corazón de discípulo. Un corazón que escuche al Señor, que habla y acompaña, un corazón que escuche a la gente, que no pase de prestar oído atento a sus alegrías y sus esperanzas, sus angustias y sus tristezas.

Con la Boda en Caná nos encontramos en el inicio de la actividad de Jesús. En el Jordán ha recibido el testimonio de Juan el Bautista, y ha reunido el primer grupo de discípulos, pero es en Caná donde empieza sus signos, manifestando su gloria y haciendo que crezca la fe de sus discípulos. Es María, como discípula, la que provoca el signo de Jesús que hará crecer la fe de los discípulos.

A los novios les consiguió que no se frustrara la fiesta de su boda. A los discípulos les consiguió el crecimiento en la fe. Todos nosotros necesitamos las dos cosas: que crezca nuestra fe, porque participamos de la fiesta de la hora de Jesús. Es el primer signo de Jesús, el que da sentido a todo su ministerio, a toda su obra: su hora, la de pasar de este mundo al Padre, entregando su vida, su sangre, amando a los suyos hasta el extremo

María es la gran Maestra porque es la gran discípula, la del corazón dócil, que ha dado mil vueltas en su corazón a las palabras escuchadas y a los hechos vistos de su Hijo, la del corazón dispuesto siempre a aprender, y que por ello señala a la Verdad que es su Hijo. A él le dice que no tenemos vino. A él y a nosotros, que tantas veces no nos damos cuenta exacta de lo que nos falta en verdad. Escuchando a la Madre podemos

aprender a conocernos en verdad, a conocer nuestra verdadera situación, a discernir lo que nos falta y a descubrir las fuentes de nuestras tristezas más íntimas y los porqués de nuestros cansancios y desánimos.

El desencanto y el cansancio nos llevan a situarnos como al final de un camino que emprendimos un día con ilusión, pero que descubrimos ahora como sin meta, en un final de vaciedad. Pero donde terminan los caminos de los hombres, o donde se han perdido las huellas de todos los caminos, está por descubrir la senda que Dios abre delante, hacia un futuro que existe y merece la pena alcanzar. Todos los desiertos nuestros esconden un oasis, y en el oasis un pozo de agua viva, un manantial.

No tienen vino. Solo tienen agua, y no precisamente el agua que salta hasta la vida eterna, el agua del oasis que calma la sed, sino el agua de nuestras purificaciones rituales, de nuestras reformas de laboratorio, de nuestros programas formalistas, de nuestro hacer para aparentar y cubrir el expediente quedando bien. María provoca la transformación de nuestras aguas inútiles en el vino de la entrega generosa de lo que somos y lo que tenemos, el vino de la alegría sincera que está más en el dar que en el recibir, el vino de la acogida de los pequeños y los débiles, el vino de la autenticidad, la coherencia, el servicio humilde y sencillo a todos.

Haced lo que Él os diga. El evangelista Juan pone en boca de María una palabra muy importante. El Bautista había señalado a Jesús identificándolo en el Jordán como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. En labios de María suena la palabra que en los demás evangelistas sale de la boca del Padre en el momento solemne de la Transfiguración: Este es mi hijo amado, en quien me complazco, escuchadle.

Los verdaderos discípulos, que acompañan a Jesús, le escuchan, le siguen, cumplen su palabra. Es la imagen de una Iglesia que sabe a quien escuchar, que trasparenta el Evangelio en los gestos, en los hechos de su vida, y por eso habla, anuncia el Evangelio, con credibilidad para ser escuchada.

Y al hacer lo que Él nos dice, nuestra agua de las purificaciones rituales se nos transforma en el vino de la entrega sincera y total. Cristo escogió el vino para hacernos llegar a los hombres y mujeres de todos los tiempos su sangre derramada, la sangre de la Nueva Alianza, la del amor definitivo y extremo. Ese vino debe llevarse al mayordomo, para que reconozca que es bueno, que es el mejor. Y pueda ofrecerse a todos para que laven en la sangre derramada sus vidas y puedan crear un mundo de hermanos. Esta es la misión de la Iglesia: ofrecer a todos el mejor vino, el vino del Amor de Dios, que se hace cercanía de compasión y misericordia. La Iglesia que escucha, la Iglesia discípula se convierte en la verdadera Iglesia misionera.

Estamos en una cultura en la que no escuchamos: No se escucha la voz de Dios, no se escucha la palabra del Evangelio. No se escucha la voz de la naturaleza, que por la razón y la conciencia personal muestra el camino del bien. No se escucha la voz de los pobres y de los derrotados por la marcha de las decisiones políticas, económicas y sociales. Si se escuchara la voz de Dios este mundo sería una familia de hermanos. Si se escuchara la voz de la naturaleza y la razón, que ha sido desplazada por el eco y la esclavitud de las mayorías cambiantes, se podría distinguir el bien del mal. Si se escuchara el grito de los pobres y excluidos, no se darían las gigantescas desproporciones económicas y sociales existentes.

Necesitamos escuchar. Y tiene que empezar la misma Iglesia, que necesita escuchar la voz de Dios que la llama a una muy seria revisión de su vida y una profunda reforma de sus comportamientos. La palabra del Papa Francisco, sus gestos, tan elocuentes como sus palabras, son hoy la voz de Dios que es preciso escuchar. Pero necesitamos escuchar todos. Aquella plegaria del joven Salomón, que pedía a Dios un corazón dócil, dispuesto a aprender, dispuesto a escuchar, puede indicarnos lo que en definitiva debe ser importante para todos los que intervienen en los asuntos públicos. Su criterio último, y la motivación para su trabajo no pueden ser el éxito y mucho menos el propio beneficio material. El interés por los asuntos públicos debe ser un compromiso por la justicia y una escucha preferente de los más desfavorecidos. Sólo así se construye un mundo nuevo, un mundo de hermanos. La Madre nos muestra el camino.

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo.

✠ Francisco, Obispo.